

avenidas entre sí, como si fueran una misma, a pesar de su constante variedad y su multicolora expresión. ¡Las ideas, estos alfileres lúcidos y enigmáticos como chispas eléctricas, con que todo lo medimos, el sér y el no sér y el llegar a ser; el Bien y el Mal, que se cambian uno en otro, como dice Renán, a la manera de los matices tornasolados del cuello de las palomas! Este es el gran bien, el solo bien del humanista. Mas, no penséis por ello que Alfonso sea un *mandarín*, es decir, un desocupado de talento que juega con los pensamientos como los niños con el agua. No, ni escribe sobre arena, ni funda sus castillos en el viento. Este ideólogo es un estilista ejemplar, acaso el más ejemplar de los jóvenes estilistas de América; pero el estilista y el ideólogo, sabe que, de todas las entrañas humanas, el cerebro es una víscera suprema y el corazón un músculo hueco lleno de amor. ¡Ay de aquél que ponga sobre el sentimiento la inteligencia! El pensamiento sólo es brújula, el corazón es el motor:

«A mí, que donde piso siento la voz del suelo
¿qué me dices con tu silencio y tu oración?
¿qué buscas con los ojos fatigados de cielo,
más alto que la vida y sobre la pasión?»

4

Al pisar de nuevo esta tierra mexicana, tan reacia siempre al despotismo y tan demente de ilusiones sociales y políticas, nunca saciadas; tan abonada con sangre y dolor, debió el viandante alucinado sentir el grito doloroso que se escapa de los poros de las piedras y no logran oír las gentes en su fatídico y premioso afán. Estamos como antes. Somos como siempre. Un pueblo que se excita con su propio dolor y se envenena con sus anhelos delirantes. Pero, ¿no son así todos los pueblos de la tierra? Los de Europa, ¿no son así? ¿España, que expulsa a Unamuno y confía sus destinos a un marqués, no es así?

5

Pronto saldrá de nuevo de la patria el viandante, pero no para volver a templar su alma en la augusta severidad de los paisajes de Castilla, que tántos ingenios labra para honra perdurable de la cultura latina; sino para enderezar sus pasos hacia la metrópoli de la civilización española en América, hacia la ciudad que Darío llamó Cosmópolis.

6

Nosotros quedaremos en casa, viendo alejarse a los amigos o regresar, como el indio a la puerta de su choza («cuyo techo pajizo desfleca el huracán», que dice Chocano), ve ponerse el sol en el Poniente rojo y dorado. No tenemos ya el derecho de sentir ilusiones. Difícil es vencer la amargura que deposita día a día en el alma, el desarrollo aún no terminado, y que parece interminable, de una revolución. Nacimos en tiempos bonancibles, «y otra vez, golondrina de los recuerdos, vuelves, como siempre... Lo que aconteció en México el año del Centenario, fué como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo el circo de glaciales montañas se desplomó, y todas fueron cayendo una tras otra. Cada quien, asido a su tabla, se ha salvado como ha podido»...

La vida que tuvimos algunos por delante, ya empieza a dejarnos atrás. Otras generaciones literarias nos alcanzan. Renuévase el ambiente intelectual. Nuevos poetas cantan otra canción.

Los jóvenes de ayer son hombres ya. Aun la amistad, que creímos perdurable, se ha deshecho. ¡Siga de frente el humanista a quien la vida se ofrece en toda su integridad y plenitud!...

ANTONIO CASO

A los maestros de Costa Rica

No pude, amigos queridos, llegar hasta Uds. i ya no podrá ser, porque tengo mi cuerpo rendido de viajes, aunque el alma desee seg ir caminando.

Ha sido pena grande no ir, i sé cuánto he perdido.

En todas partes me he encontrado con maestros costarricenses i he procurado, a través de ellos, VER un poco esa patria llena de sentido humano, que Uds. han hecho mía, al darme comprensión grande, i cariño.

Procuraré hacerles llegar mis trabajos para los niños. Así, mi visita será cumplida, i muchas veces cada año,

Nunca olvidaré—porque es suceso en mi vida—que Uds., pobres como somos todos los maestros de América, cedieron un día de su trabajo para costear mi viaje a Costa Rica. Presente más profundo yo no he recibido.

Muchas i muchas veces gracias.

GABRIELA MISTRAL.

Milán, 1924.

El oro del Masaya

Esta vez no hablaré del petróleo del Petén ni del carburo de Armenia, sino del oro del Masaya, de un fraile y de una sociedad anónima.

Las cosas sucedieron allá en los primeros tiempos de la dominación española. Era entonces el Masaya un excelente tipo hawayano de actividad volcánica: su cráter presentaba en el interior una meseta anular en cuyo centro, en el fondo, se encontraba continuamente un lago de lavas fluidas, borboteantes, incandescentes y de color amarillo... «¡Oro!», dijeron los españoles, «¡oro, oro!» repitieron codiciosamente.

Todos quisieron ser dueños del tesoro, y entre ellos se distinguió un fraile, Blas Iniesta del Castillo, quien concibió el proyecto de sacar ese oro que tan bellamente hervía en el «infierno de Masaya» (como se decía entonces) y más aún en la imaginación de los codiciosos conquistadores.

Así fué que Blas Iniesta del Castillo penetró con otros a la meseta interior del referido cráter, y desde allí arrojó una cuchara de hierro suspendida en el extremo de una cadena, para sacar con ella el oro; pero éste no subió, ni aun siquiera la cuchara, pues quedó fundida en aquel lago de fuego...

No por eso desfalleció el fraile: quería sacar oro, y debía sacarlo de cualquier modo; para ello formó una compañía, (una sociedad anónima, diríase hoy), y el resultado fué espléndido para él, pues el cronista de quien tomo estos datos, con no poca picardía y no menos ingenio, agrega. «... e dycho frayle sacó mucho oro, mas no del volcán, sino del bolsillo de sus asociados.»

La historia se repite con frecuencia, y los negocios como el de Blas Iniesta del Castillo, se hacen a menudo.

JORGE LARDÉ

(De *La Nación*, San Salvador).

